

El dinero no puede comprarnos amor. El poder ni la libertad pueden darnos lo que necesitamos los humanos para prosperar: fuimos creados para amar y ser amados. No podemos ser satisfechos solo con las cosas terrenales. Al crearnos a su imagen, Dios nos ha dotado de una naturaleza que es en parte espiritual, un intelecto, la capacidad de distinguir entre el bien y el mal, el libre albedrío para escoger cómo actuar, y la capacidad para conocerlo y amarlo. La encarnación, vida y muerte de Jesús nos revela que Dios es amor (1 Juan 4: 8); amar a Dios y a los demás satisface nuestras más profundas necesidades, permitiéndonos llevar una vida “a plenitud”.

Cada persona lleva en si la imagen de Dios y posee un alma inmortal. Sin embargo, muchos son considerados como si estuvieran fuera del círculo del amor: niños por nacer cuyos padres son tentados a eliminarlos; personas vulnerables con enfermedades y discapacidades, bajo riesgo de ser abandonadas o incluso asesinadas producto de una “misericordia” malinterpretada; prisioneros en el pabellón de la muerte, olvidados o despreciados mucho tiempo después de haberse arrepentido de sus malas acciones.

Aunque parezca paradójico, mientras mayores son los sacrificios que hacemos por amor, mayor es nuestra alegría y nuestra paz. Ya sea la valiente decisión de un mujer embarazada de rechazar el aborto y permitirle a una familia amorosa criar a su hijo porque ella no puede hacerlo, los diarios sacrificios de los padres criando a sus hijos pequeños o la dura tarea de cuidar de un pariente anciano con demencia, cuando respondemos a estos desafíos, Dios puede ensanchar nuestros corazones y llenarlos hasta rebosar de su amor, alegría y paz. Con nuestro corazón así transformado, podemos convertirnos en testimonios vivos de la misión de Jesús: *¡Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante!*



Secretariat of Pro-Life Activities
United States Conference of Catholic Bishops
3211 Fourth Street NE • Washington, DC 20017-1194
Tel: (202) 541-3070 • Fax: (202) 541-3054
Website: www.usccb.org/prolife

Los modelos son para ilustración solamente. ©Veer. Niño con perro © Kendra Dew
Copyright © 2011, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C.

1116

Yo he venido para que tengan *Vida*
y la tengan abundante



La modelo es solo una ilustración. © Veer.

Martín, un brillante abogado litigante, trabajaba más de 70 horas a la semana y les exigía lo mismo a los letrados que trabajaban con él, a quienes además trataba en general con desprecio. Su único placer consistía en su gran éxito como litigante y en el hecho de que los abogados contrarios le temían.

Acostumbraba a bromear diciendo que pasar una tarde domingo al mes mirando películas rentadas era el único tiempo “como padre” que podía soportar. Los hijos de Martín se mudaron luego de terminar sus estudios universitarios, se casaron y tuvieron hijos, pero nunca lo visitaban y rara vez llamaban. En realidad no tenían nada de qué hablar, especialmente después de que falleciera la esposa de Martín. Exitoso y rico hasta su último aliento, Martín murió en un hospital, solo y amargado hasta el final. Nadie hizo duelo por él.

Eileen se crió en un pequeño pueblo de Indiana y se casó con su novio de la secundaria, Tony. Él trabajaba en la ferretería de la familia, ganando lo suficiente para satisfacer las necesidades básicas. Eileen se sentía agradecida de ser ama de casa, especialmente porque eso le permitía involucrar a sus hijos en todas las actividades comunitarias y caritativas que ella realizaba para la parroquia y la escuela. Su calidez tranquila y la alegría que emanaba hacían sonreír a cuantos la conocían. La vida de Eileen tuvo también su cuota de desafíos y sufrimiento. Uno de sus hijos nació con un defecto del corazón y solo vivió 10 meses; además, ella cuidó de sus padres hasta que murieron. Estuvo siempre disponible para quienes se hallaban en necesidad, brindando alimento y consuelo cuando alguien en el pueblo se enfermaba o se producía un deceso en la familia.

Eileen envejeció en compañía de su esposo y sus hijos, nietos y amigos. Murió como había vivido, rodeada de amor, en paz con Dios y con todo aquel que la conoció.



Eileen nunca viajó a Europa, nunca almorzó en un restaurante cinco estrellas o sorbió mimosas junto a la piscina, ni tampoco participó en algún reality show de TV. Pero, ¿no estaría la mayoría de acuerdo con que Eileen vivió su vida plenamente? ¿Y que la vida de Martín, en contraste, muestra un trágico caso de oportunidades desperdiciadas?

Sin embargo, hoy día la cultura popular promueve un peligroso mito, el de exaltar la libertad y el glamour de los ricos y famosos, los poderosos o personas “hermosas”, cuyas vidas públicas parecen superficiales y cuyas vidas privadas presentan una sucesión de relaciones breves y rotas. Con frecuencia terminan en tratamiento por adicción a drogas o alcohol, usualmente después de causar daño a otros o sufrir humillación pública. Hasta que llegan estos momentos, a los ojos del mundo ¡ellos lo poseen todo! ¿Y no queremos nosotros con frecuencia poseerlo todo? ¡Y lo queremos *ahora!*

De acuerdo con este mito, el dinero equivale a libertad. Nos hace libres de probar toda la rica variedad de platillos exquisitos, los últimos aparatos electrónicos y las prendas de moda. Se nos invita a estar constantemente entretenidos por nuevos lugares y nuevas experiencias, la música más reciente o los últimos videojuegos. Para algunas personas, conocidos entran y salen de sus vidas, pero rara vez disponen del tiempo necesario para conocerlos y amarlos a profundidad, enterarse de los anhelos que albergan en sus corazones, la bondad de sus almas.

Cuando otras personas demandan nuestro tiempo, podemos optar por ignorarlas o incluso eliminarlas de nuestras egocéntricas vidas. Nuestra cultura nos “permite” darle la espalda a un bebé impertinente, un descuidado cónyuge o una madre internada en un asilo de ancianos que ruega por nuestra visita.